

LECCION LVIII.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO PRIMERO.

Sermon del monte : se divide en dos partes. — Fundamentos de la sociedad nueva : ocho bienaventuranzas. — Deberes de los Apóstoles y de los sacerdotes. — Deberes comunes á los sacerdotes y á los fieles : pureza de intencion, oraciones, ayuno, limosna, confianza ilimitada en la Providencia. — Curacion de un leproso y del siervo de un centurion.

Despues de elegir sus Apóstoles, el Salvador bajó del monte con ellos y los demás discípulos; esperábanle en el llano una multitud infinita de pueblo de toda la Judea, de Jerusalem y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian ido para oírle y curarse de sus dolencias. El Salvador les curó á todos, y despues de haber sanado los cuerpos, creyó que habia llegado el momento favorable para trabajar por la salvacion de las almas. Habiendo vuelto á subir á la altura, se sentó en medio de sus discípulos, y pronunció con voz bastante elevada, para que le oyera todo el pueblo, aquel admirable discurso que se llama el sermon del monte. Acerquémonos para recoger las palabras de luz y de salvacion que van á salir de la boca divina, pues lo mismo se pronunciaron para nosotros que para ellos.

El discurso del Hijo de Dios puede dividirse en dos partes. La primera es relativa principalmente á los Apóstoles y á sus sucesores en el ministerio evangélico, y la segunda se dirige á todo el pueblo presente y á todos los pueblos cristianos en la continuacion de los siglos. Jesucristo, fundador de una sociedad nueva, ó mas bien restaurador de la sociedad humana degradada por el pecado, sienta las bases del nuevo orden de cosas que acaba de establecer, y despues traza sus deberes á los sacerdotes y á los fieles.

1º. Sienta las bases del nuevo orden de cosas que acaba de establecer. Como príncipe de la paz, quiere que esta reine en el corazon del hombre para que reine en la sociedad universal de que es fundador; pero el corazon del hombre es como un mar agitado, pues habiendo sido hecho para la paz ó la felicidad, no la busca donde se halla. El Salvador va á enseñárselo, y á destruir al mismo tiempo todas las ideas que se habian formado la razon degenerada, la filosofia y el mismo judaismo que no imaginaban otra bienaventuranza que la que se encuentra en el goce de las riquezas, de los honores y de los placeres.

« Bienaventurados los pobres de espíritu, dice el divino Preceptor

» del linaje humano, porque de ellos es el reino de los cielos. » Por pobres de espíritu se entiende los que lo han abandonado todo por seguir á Jesucristo; los que en medio de las riquezas tienen el espíritu desprendido de los bienes de la tierra, y los que nacen y viven en la pobreza sin queja ni impaciencia. La felicidad eterna les pertenece á todos bajo el título majestuoso de reino.

- « Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra;
- » Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;
- » Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos;
- » Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia;
- » Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á Dios;
- » Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios;
- » Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el de reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os maldijeren, y os persiguieren, y os dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en los cielos. Pues así tambien persiguieron á los Profetas que fueron antes que vosotros. »

El desprecio, el mismo temor de las riquezas, honores y deleites, y el deseo ardiente, sincero y eficaz de todas las virtudes; hé aquí la base del Cristianismo y las condiciones de la felicidad. Practiquen todos los hombres estas divinas lecciones, y la sociedad cesará de ser una sangrienta arena donde todas las pasiones desencadenadas se disputan los bienes sensibles, y el cielo baja á la tierra, y el mundo es regenerado, que es el objeto del Salvador.

2º. Traza á los sacerdotes sus deberes. El Hijo de Dios mismo predicaba en Judea estas verdades tan elevadas y tan duras al hombre degradado, y daba el ejemplo de las virtudes que exigen. Despues de él estas mismas verdades debian ser anunciadas en todo el universo. ¡Qué fidelidad debian tener los que debian encargarse de tan augusto ministerio para no quitar ni una jota del código reformador, pero especialmente qué santidad, pues que el ejemplo de los predicadores es el Evangelio de los pueblos y la sancion de la doctrina! El divino Maestro se apresura á recomendársela á los Apóstoles, y en su persona á todos sus sucesores.

- « Vosotros sois la luz del mundo, les dijo; sois la sal de la tierra,
- » y como una ciudad construida sobre un monte expuesta á todas las miradas del cielo y de la tierra. Brillad con tal santidad, que todos los que os vean den gloria á vuestro Padre que está en el cielo. La Religion de que sois ministros y conservadores no es una religion nueva, sino el perfeccionamiento de la ley antigua. » Ahora

bien, si se exigia la santidad á los ministros de la ley de Moisés, con mas poderosa razon es un deber para los ministros del Evangelio, y el Salvador se apresura á demostrarles la superioridad de la ley de gracia sobre la ley de temor, su extension y su rigurosa obligacion.

3º. Traza á los fieles sus deberes. Despues de haber expuesto las obligaciones particulares de los jefes de la sociedad nueva que establece, Nuestro Señor traza los deberes comunes á todos los Cristianos, á los pastores y á las ovejas, insistiendo especialmente en un punto esencial que es el resumen del Evangelio y el heroismo de la virtud: el amor al prójimo y á los enemigos.

« Os han enseñado, dijo el divino Legislador: Amarás á tu prójimo » y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, bendecid á los que os maldicen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. » Porque si amais solo á los que os aman, ¿qué recompensa mereceis? ¿No hacen lo mismo los publicanos⁴? Y si saludáreis tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué haceis de mas? ¿No hacen esto mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. »

Tal es la perfeccion á que somos llamados por el Cristianismo, y la que se nos ha dado como modelo, no para que la igualáramos, porque, ¿quién es perfecto como Dios? sino para que nos esforcemos en conseguirla y en progresar incesantemente en ella por la misma razon de que jamás la igualaremos. Y para que aprovechemos todo cuanto puede conducirnos á esta perfeccion sublime, el divino Maestro recomienda especialmente la pureza de intencion que da un valor infinito á las mas humildes obras.

Pero, ¿cómo llegaremos á alcanzar esta pureza de intencion, base necesaria de todas las verdaderas virtudes, así como la perfeccion divina á la cual estamos obligados? ¿No es cierto que una y otra son superiores á nuestras fuerzas? El Salvador, que preveia la objecion, se apresura á contestar, y con esa bondad interesante que le caracteriza nos pone en las manos un medio infalible para alcanzar el fin sublime á que nos llama: es la oracion.

« No temais, dijo, pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad » y se os abrirá. En efecto, ¿quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿ó si le pidiera un pez, le dará una serpiente? Si vosotros, pues, á pesar de ser tan insensatos, tan im-

⁴ Lamábanse publicanos entre los Judíos los que recaudaban los impuestos, y eran odiosísimos á los Judíos, los cuales creyéndose libres porque descendian de Abraham, no los consideraban en cierto modo mas que como ladrones públicos: tal vez lo eran secretamente...

» perfectos y tan malos, sabeis dar cosas excelentes á vuestros hijos, » ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará bienes á los » que se los pidan? Hé aquí cómo debeis orar; diréis: Padre nuestro » que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, etc. »

El divino Legislador añade á la oracion el ayuno y la limosna: esto le da ocasion para combatir la avaricia, y segun su costumbre, ataca esta pasion hasta en su raíz, es decir, hasta en el corazon humano. « No querais, dice, atesorar con ahinco tesoros en la tierra, » oro, plata y ricos trajes, pues el orin consume los metales, la polla los vestidos, y los ladrones, diestros en buscar por todas » partes, arrebatan unos y otros. Colocad vuestros tesoros en el » cielo, porque las buenas obras que allí depositéis estarán seguras, » y vuestros tesoros no se verán expuestos á la codicia de los ladrones, ni á la destruccion del orin y la polilla. No teniendo bienes » mas que en el cielo, os trocaréis en hombres celestiales, porque á » todos atrae y domina lo que se posee, y porque donde está el tesoro » del hombre, allí está tambien su corazon.

» No creais que os sea posible servir á un tiempo á dos señores: » porque ó aborreceréis al uno y amaréis al otro, ó al uno sufriréis, » y al otro despreciaréis. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por » tanto os digo, no andeis afanados para vuestra vida, qué comeréis, » ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es mas preciosa la vida » que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? ¿Cómo os ha de » negar, pues, vestidos y alimento el que os dió la vida y el cuerpo?

» Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni tienen » trojes ni provisiones, pero vuestro Padre que está en los cielos, que » es su Criador y no su Padre, tiene cuidado de alimentarlas. Pues » ¿no sois vosotros mucho mas que ellas? Además ¿por qué habeis de » inquietaros? ¿Quién de vosotros puede añadir un codo á su estatura? Y lo que os digo de la comida, aplicadlo tambien al vestido.

» Considerad cómo crecen los lirios del campo, y eso que no hilan » ni trabajan; os digo, sin embargo, y es cierto, que Salomón en el » mayor aparato de su magnificencia no estaba tan espléndidamente » ataviado como uno de esos lirios. Pues si un lirio, que no es mas » que una planta del campo que hoy está sobre la tierra y mañana es » arrojada al fuego, Dios cubre y adorna de tal modo, ¿cuánto mas » cuidado no tendrá de vosotros, hombres de poca fe?

« No os acongojeis, pues, ni preguntéis con inquietud y desconfianza: ¿Dónde encontraremos comida y bebida? ¿quién nos proporcionará vestido? Solo los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre celestial que sabe que teneis necesidad de ellas, puede » y quiere proporcionároslas. Buscad, pues, primeramente el reino » de Dios y todas las virtudes que prescribe, y todo lo demás os será » añadido. »

Evitemos, sin embargo, el traspasar las palabras del divino Maestro. El que nos prohíbe los afanes nos prescribe el trabajo, el que nos veda la desconfianza acerca de las necesidades de la vida nos manda que seamos solícitos en presentárselas todos los días á Dios, y el que se indigna de nuestra sujeción á las necesidades del cuerpo, hasta tratar de conducta gentilica el extender nuestra prevision hasta los días que nunca brillarán tal vez para nosotros, tuvo en manos de sus discípulos provisiones para los días siguientes. Las palabras de un Dios no pueden contradecirse ó desmentirse por sus acciones.

¿Qué ha pretendido, pues, con la especie de exceso que encierran, al parecer, las palabras de su instruccion? Darnos á conocer el exceso monstruoso de nuestro apego á los bienes de la tierra, el exceso del olvido en que vivimos acerca de los cuidados de la Providencia, el exceso de la preferencia que damos á nuestras necesidades temporales sobre las de nuestras almas, y el exceso de nuestro desaliento, que en la insuficiencia de nuestros propios trabajos nos impide descubrir un recurso en el soberano Señor á quien tantas veces llamamos todos los días Padre nuestro.

Quiere que cuidemos de conservarnos en el estado en que nos ha puesto, mas sin convertirnos en adoradores del dios de las riquezas; consiente en que seamos previsores en cuanto á las necesidades de nuestras personas y de nuestras familias, pero sin dar á estos cuidados una inquietud que absorba el de nuestra salvacion y haga desaparecer el fondo de los pobres, y permite, en fin, que reservemos alguna cosa para el día de mañana, pero con tan poco apego, que sepamos olvidarnos y si es preciso sacrificarnos en las ocasiones en que la gloria de su nombre, el alivio del prójimo y el progreso del Evangelio exijan de nosotros grandes sacrificios.

El desprecio á la tierra y el amor al cielo y á todo lo que á él nos conduce constituyen las bases divinas sobre las cuales establece su Religion Nuestro Señor, y con ellas destruye de un solo golpe en el corazón del hombre el desarreglado amor á las riquezas, honores y deleites, la venganza, el odio y todas las malas pasiones, tristes frutos del pecado y causa de todos los males del mundo; y restituyendo al hombre á su perfeccion primitiva, asegura su felicidad ya en esta vida y se muestra verdaderamente su Salvador.

Así pues, el Hijo de Dios terminó su admirable discurso con estas admirables palabras: « El que oye las palabras que acabo de decir y arregla su vida segun mi doctrina, será comparado á un varon sabio que edificó su casa sobre la peña; descendió lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó, porque estaba cimentada sobre piedra. El que por el contrario oye mis palabras sin provecho y sin cumplirlas será semejante á un hombre loco que edificó su casa sobre arena; des-

» cendió la lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó; y sus dispersas ruinas anunciaron á los caminantes la locura del dueño. »

Después de este discurso, el mas hermoso que pudo oír jamás el hombre, llenos de admiracion los oyentes, exclamaron con el mas vivo entusiasmo: No, nuestros Doctores y Escribas nada son en comparacion del Maestro que acaba de hablarnos.

El Salvador, que para consuelo de los que le oían acostumbraba acompañar sus discursos con algun acontecimiento extraordinario con que formaba su conclusión y la prueba de su moral, habia dispuesto las cosas de tal modo que á continuacion de su predicacion se proporcionó la ocasion de un milagro. Cuando bajó del monte se vió rodeado de una multitud innumerable que le esperaba⁴.

Al mismo tiempo se le acercó un leproso, le adoró y le dijo prosternado en el suelo: Señor, si quereis podeis curarme. Jesús se compadeció de él, y extendiendo la mano, le tocó diciendo: Quiero, sé curado. Y apenas hubo hablado, desapareció la lepra de aquel hombre. Jesús mandó que lo alejasen al momento, y le dijo: No digas á nadie que te he curado.

Me preguntaréis tal vez, ¿por qué el Salvador exigía de vez en cuando el secreto respecto á los milagros que hacia? De las diversas razones que se dan, la única que tiene alguna probabilidad es que queria enseñar á sus discípulos y á todos cuantos debia comunicar el don de los milagros, á ocultarlos en cuanto era posible para huir de este modo de los aplausos de los hombres, y de las peligrosas tentaciones de la vanidad. Por lo demás, contentémonos con saber que muchos eran dignísimos de su sabiduría, y segun la circunstancia del tiempo, del lugar y de las personas.

Vé únicamente á mostrarte á los sacerdotes, continuó Jesús dirigiéndose al leproso, y preséntales las ofrendas exigidas por la ley de Moisés en testimonio de tu curacion. El Salvador le obligó á dar este paso por deferencia hácia la ley; porque él mismo observó la ley de Moisés en todos los puntos que le pertenecian.

Un pobre enfermo, súbitamente libertado de sus dolores y de una humillante confusion, difícilmente puede contener su deseo de divulgar las bondades y el poder de su libertador; y el leproso estaba tan fuera de sí de alegría, que ó no entendió el mandato de Jesucristo, ó no se creyó obligado ó obedecerle. Lo cierto es que se retiró de la presencia del Salvador, pero contó el milagro abiertamente y por todas partes. La imprudencia ó la gratitud acarrea á Nuestro Señor un au-

⁴ Hemos visto al Salvador orar antes de enseñar y después de haber enseñado, confirmar su doctrina por medio de obras milagrosas, y en cada paso de su vida pública hallamos el mismo orden. ¡Oh, qué ejemplo para los maestros y los superiores!

mento de trabajo, pues la multitud de los que le asediaban, como á pesar suyo, tenían con él tan poco miramiento, que pudiendo mostrarse en público en la ciudad, se veía precisado á ocultarse para orar en los sitios solitarios. Su tierna caridad le alejó de ellos muy pronto, y le hizo volver á los lugares que tan cuidadosamente evitaba. Fué, por consiguiente, á Cafarnaum, donde encontró lo que había ido á buscar su previsora bondad.

Un centurion, es decir, un oficial que mandaba cien soldados, fué á implorar su auxilio, y lo hizo como acostumbra los militares cuando tienen religion y fe, de esa manera sencilla y franca que conquista el corazón de los hombres y asegura cerca de Dios el buen éxito de la oracion. Señor, dijo á Jesús, mi siervo paralítico está postrado en casa y es reciamente atormentado. Bien, le dijo Jesús, iré y lo sanaré.

¡ Ah! Señor, respondió el centurion confuso: No soy digno de que entreis en mi casa. Sin salir del sitio donde os hallais, decid solamente una palabra⁴, y será sano mi siervo. Sé que los males mas tenaces os obedecen como los soldados á su jefe. Yo no soy mas que un oficial subalterno y sujeto á la autoridad de otro, y no tengo mas que cien hombres bajo mis órdenes; mas sin embargo mis soldados dependen de tal modo de mi voluntad, que solo tengo que hablar para ponerlos en accion. Que yo diga á este: Vé á tal paraje, y va; y diga al otro: Ven, y viene; y diga á mi siervo: Haz esto, y lo hace. Y Vos, cuyo poder es soberano é independiente, ¡ cuánto mejor os haréis obedecer de todas las criaturas con uno solo de vuestros mandatos!

Esta profesion de fe, noble y sencillamente expresada bajo una comparacion militar, era muy interesante en boca de un gentil. El Salvador, sin sorprenderse, porque nada podia causarle sorpresa, no dejó de manifestar la admiracion que le causaba, y se aprovechó de ella para dar una leccion muy útil á los Judíos.

En verdad os aseguro, les dijo, que desde que predico entre vosotros no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos gentiles de Oriente y de Occidente, y serán admitidos en el reino de los cielos, y se sentarán allí en el festin eterno con Abraham, Isaac y Jacob, en calidad de legítimos hijos de aquellos santos Patriarcas cuya fe habrán imitado. Mas los hijos del reino, es decir, los Israelitas, hijos de los Patriarcas segun la carne, y destinados á ser los primeros

⁴ La traduccion literal de estas palabras: *Dic tantum verbo*, etc., presenta un sentido admirable y enteramente de acuerdo con las palabras que dirá despues el centurion: *Dic tantum verbo*, decid solamente á vuestra palabra, mandad solamente á vuestra palabra, y semejante á un mensajero fiel y omnipotente, irá, cumplirá vuestro encargo, y curará mi criado; porque sois omnipotente, y el que todo lo puede hace lo que quiere hablando, á pesar de las dificultades y de las distancias. *Nihil enim*, dice san Augustin, *medium est inter opus Dei atque preceptum, quia in precepto est opus... quia voluntas Dei potestas est.* (Homil. in Luc. lib. V, n. 1.)

súbditos de la Iglesia, serán arrojados á las tinieblas de su incredulidad, de donde pasarán á las tinieblas eternas, y allí será el llanto y el crujir de dientes. Vé, le dijo entonces el Salvador al centurion, y como creiste así te sea hecho. Y en el mismo instante que Jesucristo hablaba el siervo fué curado.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador para enseñarnos y curarnos de todas las consecuencias del pecado. Dadnos la gracia de que amemos, como él nos lo ha recomendado, la pobreza, las humillaciones y los padecimientos; y dadnos tambien el espíritu de oracion para que podamos llegar á la perfeccion que exigís de nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero orar por los que me hagan mal.